

1) GUERRAS DE CONQUISTA Y MICROBIOS.

De la gran epidemia de peste a mediados del siglo XIV en Europa, sabemos hoy mucho más de lo que se conoció cuando tuvo lugar. Sabemos que su origen no fue “natural” estrictamente hablando y que tuvo que ver con la guerra, es decir fue inducida por mano humana. Sabemos hoy que la epidemia avanzó diacrónicamente principalmente difundándose en los centros urbanos y las poblaciones de la época caracterizados por un gran hacinamiento humano y convivencia con animales. Era cotidiana la promiscuidad, justo como se vive hoy en ciertos barrios de las megaurbes. El modelo epidemiológico de lo sucedido entonces en el Viejo Mundo, con la peste, presenta en efecto características dignas de un estudio detallado de lo que podría repetirse en nuestra época tanto por el fenómeno que se ha llamado la “medievalización” (1) de las ciudades modernas per se, como por las amenazas latentes de agresiones bioterroristas. En otras palabras, lo que podría pasar... ya pasó y está detallado en muchas crónicas, basta leer El Decamerón de Boccaccio (2). En efecto, el hacinamiento, la falta de servicios sanitarios y la convivencia insalubre en la que animales diversos, ratas, pulgas y piojos se mueven libremente en el ámbito cotidiano del hombre, fue lo que permitió que en 1347 la epidemia avanzara rápidamente de un lugar a otro. Después de un trío de años la población del continente europeo se redujo en 25 millones de habitantes, así lo relata la impresionante descripción que nos dejó el autor antes señalado, en la Introducción a su obra, una de las cumbres de la literatura universal:

“En el año de 1348 la peste invadió la ciudad de Florencia, bella sobre todas las ciudades de Italia. Producida por la influencia del aire o por nuestras iniquidades, lo cierto es que esta calamidad fue enviada a los mortales por... La peste no se manifestó como en oriente, como una hemorragia por la nariz, que era el signo cierto de una muerte inevitable; aquí al principio se declararon tumores, bien en las ingles, bien en las axilas; tumores gordos como una patata o un huevo que se extendían por todo el cuerpo.. Era mortal. Podían manifestarse también manchas oscuras en los brazos, caderas u otras partes, señal segura de la muerte... Quienes estaban libres de contagio evitaban a los enfermos y cuanto los rodeaba; otros, creyendo que la sobriedad era el mejor preventivo, vivían aparte en pequeños grupos, rehuían excesos, no hablaban; unos más, por el contrario, estaban convencidos de que el mejor remedio contra el mal era el beber mucho, cantar y divertirse sin cesar... pasaban el día y la noche yendo de taberna en taberna ocupados en gozar sin regla ni medida. Algunos, pensando sólo en sí mismos, abandonaban casa, familia, bienes, ciudad y marchaban al campo... el hermano abandonaba al hermano, el tío al sobrino, la mujer al marido, los padres a los hijos. No había mujer, por joven o bella que fuera, que

cuando cayera enferma pusiera reparos en tomar a su servicio a hombre, joven o viejo, ni en desnudarse ante él cuando la enfermedad lo exigía; de lo resuelto que las que curaron tuvieron en lo sucesivo menos pudor y vergüenza... nacieron hábitos totalmente distintos a las antiguas costumbres de los florentinos... Caían malos por millares y se encontraban sus cuerpos por la mañana a las puertas de la casa donde habían muerto por la noche. También los pobres y desdichados labradores morían con sus familias, en sus granjas, en los caminos y hasta en los campo que cultivaban. También cambiaron sus costumbres... no volvieron a ocuparse de sus asuntos... la crueldad de aquella peste fue tal que durante cuatro o cinco meses murieron más de cien mil personas."

La gente huía del campo aunque sin saber claramente las razones, digamos científicas, de lo sucedido. Era el sentido común el que apuntaba la presencia del contagio en los lugares donde había enfermos y moribundos, buscando huir de la pestilencia y la influencia de los cadáveres que permanecían insepultos en calles y casas. Hoy, casi siete siglos después, sabemos que el culpable era un microbio del tipo bacteriano llamado *Yersinia pestis* y que, en razón a su alta peligrosidad epidemiológica, es un arma bacteriológica de destrucción masiva que se tiene almacenada en grandes cantidades en los depósitos militares de los países industrialmente más avanzados. Pero, antes de seguir adelante, preguntémosnos ¿Como llegó a Europa la enfermedad en el siglo XIV? ¿De donde provenía?, figura 1

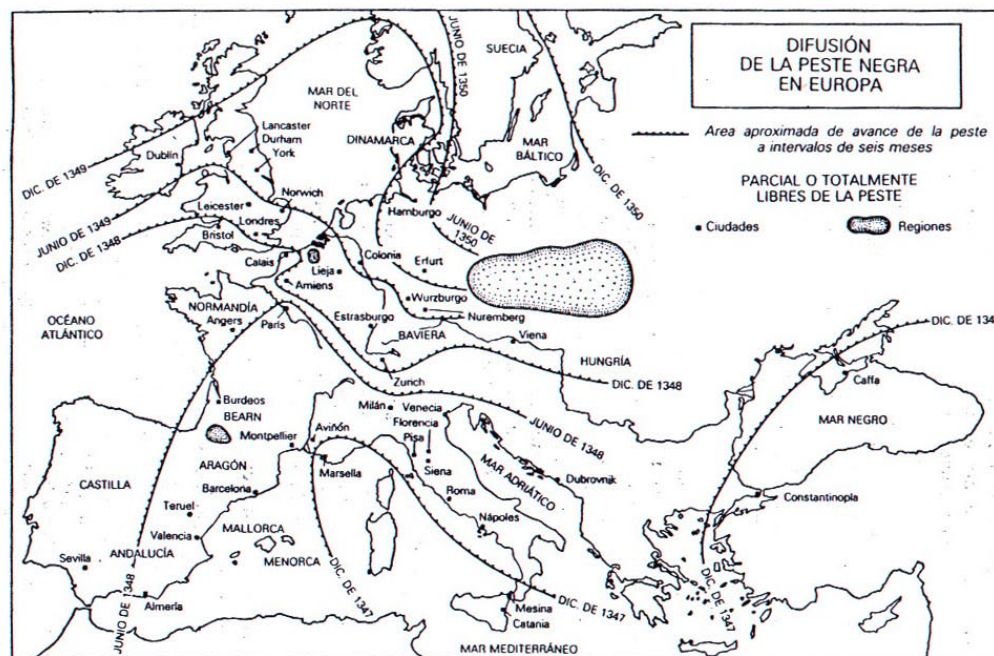


Figura 1.- CRONOLOGÍA APROXIMADA del avance de la peste durante el siglo XIV en Europa. La epidemia empezó en el puerto de Caffa -Mar Negro y se extendió inadvertidamente por los barcos que transitaban entre puertos del Mediterráneo. Después de 1347, sólo algunos lugares, como Milán, escaparon al impacto del microbio que, finalmente, mató a 25 millones de habitantes de los 100 que tenía Europa.

Desde el área geográfica donde abundaba, en la zona de los Himalayas, la bacteria de la peste fue llevada inadvertidamente a las amplias praderas del norte de Eurasia cuando jinetes mongoles penetraron en las regiones de Yunnan y Birmania a finales del siglo XIII, iniciando la forma crónica de infección que los investigadores en salud han descubierto en la Manchuria de nuestro días. Desde ahí la infección se extendió hasta el oeste a través de la estepas del Asia central, transfiriéndose a nuevas comunidades de roedores gracias a los desplazamientos de hombres en carretas, con sus animales y correspondientes pulgas. Elemento sustantivo para el avance de la enfermedad fue la gran proliferación de ratas en el norte de Europa, asociada a la intensificación de los contactos marítimos entre el Mar Mediterráneo, los puertos del norte, los nuevos diseños de barcos que les permitían permanecer más tiempo a flote –facilitando la mayor permanencia, multiplicación y alcance de los roedores. Elementos complementarios pero muy importantes, fueron la concentración humana en poblaciones y ciudades del noreste europeo y el agotamiento de los bosques. Como si esto fuera poca cosa, el clima durante el siglo XIV empeoró, haciendo cada vez más frecuentes las malas cosechas en el norte de Europa.

Todos los factores adversos coincidieron hacia 1346 cuando los ejércitos de un príncipe mongol asediaban la ciudad de Caffa, en Crimea, cerca de Sebastopol. La enfermedad y el cansancio obligaron a las fuerzas del príncipe a retirarse, no sin antes aplicar a los sitiados un ingenioso recurso de guerra que consistía en arrojar cadáveres putrefactos de muertos por la peste, hacia el interior de la ciudad. Se estima que de ahí la enfermedad pasó por barco a los puertos del Mediterráneo y, posteriormente, a Europa occidental y septentrional. El impacto de la epidemia fue muy espectacular llegando al grado de que muchas poblaciones quedaron prácticamente extinguidas, produciéndose lo que hoy en día llamaríamos “pueblos fantasma”. La condición de falta de higiene personal acostumbrada en la población urbana de esa época y la ropa no lavable, fueron definitivas para el carácter extensivo que adquirió la peste, ya que no sólo la picadura de la pulga transmitía al microbio –y la enfermedad- también lo hacían el contacto interpersonal, los estornudos y las toses de los enfermos así como todo tipo de objetos de uso personal y utensilios domésticos.

Las notables repercusiones sociales, económicas y filosóficas, entre otras de carácter cultural como las del comportamiento individual y social, que introdujo dicha pandemia han sido analizadas de manera interesante y perspicaz por McNeill en su obra clásica (3) que nos recuerda, dicho sea de paso, las posibles consecuencias del TERROR inducible en la sociedad actual por efectos del bioterrorismo sea proveniente

de grupos contestatarios clandestinos o por los mismos estados nacionales enemigos. Hoy como ayer prevalece el mismo miedo latente a la enfermedad, que, en última instancia, nos es otro que el miedo a una muerte subrepticia, lenta y dolorosa:

“Cuando un brote de peste sembraba el miedo a la muerte inminente en una comunidad”, nos dice McNeill, “las rutinas y restricciones habituales se derrumbaban surgiendo rituales que descargaban la ansiedad en formas socialmente aceptables, aunque extravagantes, bien tratando de encontrar culpables, bien de catarsis lúdica, bien de intentos de aplacar la “ira celestial”... Surgieron así los grupos de flagelantes, se acusó también a los judíos y a los mendigos de ser los responsables de propagar la pestilencia mientras se despreciaba a las autoridades establecidas, fueran civiles o religiosas. Resurgieron las corrientes filosóficas paganas y heterodoxas como una reacción a la inutilidad de los rituales eclesiásticos que hacían frente a la peste. Derivados de lo anterior hubo otros efectos perturbadores y duraderos; por ejemplo, en el siglo XIV y siguientes murieron muchos monjes y sacerdotes con la resultante de que a menudo sus sucesores no estaban bien preparados y debían enfrentarse a feligreses más escépticos cuando no abiertamente hostiles. La “Justicia de Dios” parecía difícil de ver cuando la plaga mataba a unos y perdonaba a otros, con los sacramentos insuficientes ante la fría arbitrariedad de la infección. La gran consecuencia fue que el anticlericalismo se incrementara significativamente después de 1348, preparándose el camino para Lutero. Es evidente que la substitución de los valores culturales medievales por los renacentistas, no dependió sólo de la peste, pero esta pandemia y la relativa flexibilidad con que los gobiernos civiles se enfrentaron al problema –en contraste con la rigidez de la iglesia– contribuyeron seguramente a la transformación general de la sensibilidad europea frente a la enfermedad y el conocimiento de la misma”.

Podríamos agregar que otras leyendas europeas importantes, provenientes de la época de la “Peste Negra” en el siglo XIV, como las muy conocidas de “El Flautista de Hammelin” o mitos como el de Drácula que tan acertadamente ha presentado Herzog en su película “Nosferatu”; no sólo se enfocan al tema del vampiro en sí –“rata alada”– sino a su asociación con la enfermedad transmitida por ellas, la promiscuidad entre las personas y los animales y la quiebra consecuente del orden social. Un ejemplo son las danzas callejeras “a la deriva” por parte de aquellos que decidían “destramparse” antes de morir y que, por cierto, todavía se llevan a cabo ocasionalmente en Inglaterra con el nombre de “Morris Dances”. En ese siglo XIV, evidentemente antes del descubrimiento de los antibióticos, el impacto final en el número de habitantes de la Europa pre renacentista fue sencillamente espectacular, figura 2,

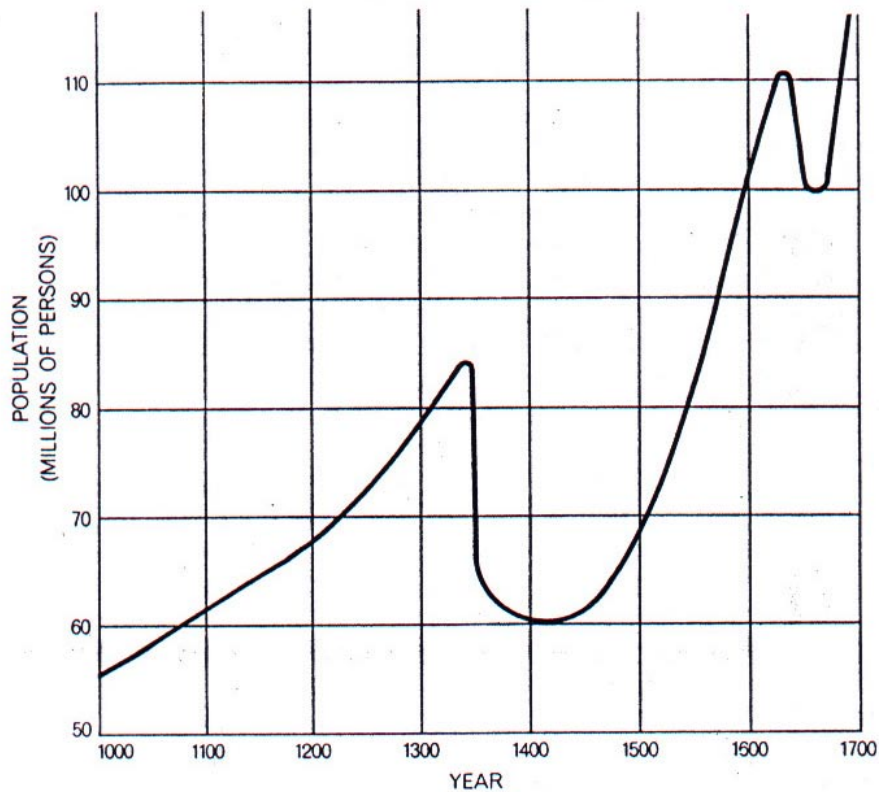


Figura 2.- Se observa el impacto que tuvieron en Europa las epidemias recurrentes de peste a lo largo de 300 años, post 1347, cuando su recurrencia contuvo la tendencia de crecimiento poblacional haciéndola caer significativamente en los siglos XV y XVII.

Otro caso de gran significación histórica y social que involucró a los microorganismos productores de enfermedad, fue la irrupción y diseminación de infecciones nuevas para, y en, la población del Nuevo Mundo -es decir el continente americano, nuestras tierras- después de la invasión europea de 1492. Una de las más grandes deformaciones de la historia en lo general y de la región en particular, es la que señala que bastó un puñado de españoles para conquistar imperios en el Nuevo Mundo. Bajo la perspectiva que nos ocupa, es correcto inferir de las crónicas de la época que con los invasores avanzaban también decenas de animales desconocidos por los amerindios hasta ese momento. En efecto, desde el Viejo Mundo llegaron las conocidas ratas no siendo exagerado suponer que también insectos extraños, bacterias exóticas, virus y hongos nuevos para nuestros ecosistemas que empezaron a extenderse de inmediato. Ciertamente, a la llegada del invasor sucio, inculto y con los peores hábitos de higiene medieval a cuestas, de inmediato surgieron brotes de enfermedades desconocidas de este lado del Atlántico que arrasaron comunidades y poblaciones enteras

La mal llamada por nosotros "conquista" de América, no fue otra cosa que un encontronazo de hábitos y cosmovisiones que afectaba con mucho los altos niveles de higiene y hábitos de salud de las sociedades amerindias. Las epidemias que azotaron

y diezmaron a los antiguos mexicanos, por ejemplo, pasaron luego a sus crónicas con nombres descriptivos que ellos mismos tuvieron que crear, pues anteriormente no las conocían. De esta manera algunas de las enfermedades que azotaron a la población mesoamericana en particular, han quedado registradas para la historia con nombres tales como cocoliztli, matlazahuatl, tepitonzahuatl y otros semejantes.

No obstante el asombro indígena ante el hecho de que los españoles invasores no enfermaban ni morían y sólo hablaban genéricamente de “dolencias” (reforzando, dicho sea de paso, la figura mágica de aquellos hombres que a caballo y sin enfermar, contarían seguramente con el favor de dioses más poderosos”). En efecto, la población de lo que es hoy el México central, disminuyó de 25 millones que tenía en 1521 a solamente 1 en menos de medio siglo, figura 4. A éste, que pudiéramos considerar un verdadero genocidio, se unió el problema de la esclavitud de los que sobrevivían, sumada a la tristeza y abatimiento de contemplar como “su mundo” se venía abajo. ¿Cuántos casos como éste en México se habrán presentado en el resto de nuestra América india a la llegada del invasor europeo? ¿En qué lugares? ¿Con qué consecuencias demográficas? No se necesita mucho esfuerzo para responder a la primera de estas interrogantes: en todo lo que es hoy América Latina.

Los ancianos indígenas informantes de los españoles asentados ya en la “Nueva España”, negaban que hubiera habido en el pasado alguna epidemia de proporciones significativas; no recordaban alguna en sus días de juventud o menciones al respecto en los recuerdos de sus padres o abuelos. Por lo que no es extraño que el primer encuentro entre amerindios e invasores españoles de consecuencias epidémicas, que haya merecido la atención de los cronistas españoles, se produjo en 1518, cuando la viruela hizo su aparición en la isla La Española atacando de manera tan virulenta a la población local que, según Bartolomé de las Casas sólo sobrevivieron unos 1 000 indígenas de los muchos miles que la habitaban antes de la llegada de los extranjeros. Desde ahí la viruela se desplazó al México prehispánico con una “escala” en Cuba –donde contribuyó a diezmar, igual que Puerto Rico, a la población de Taínos locales- Llegó a Veracruz con la expedición de auxilio a Hernán Cortés en 1520. El resultado fue que, en plena crisis de “la conquista”, cuando Moctezuma ya había fallecido y los aztecas se preparaban para expulsar a los españoles, el azote de la viruela estalló en Tenochtitlan-México donde, como ya se dijo, era desconocida. Sabemos que después del impulso inicial de los aztecas –obligando a los españoles a retirarse precipitadamente de la ciudad- era de esperarse que continuaran el acoso al invasor y sin embargo esto no fue así ¿Que fue lo que sucedió? ¿Por qué permanecieron en agobiada inactividad?

La evidencia histórica señala que dicha inactividad fue consecuencia directa de la epidemia que asoló ÚNICAMENTE a la población local indígena. Como consecuencia, Cortés pudo reagrupar sus fuerzas, hacer alianzas con los pueblos circunvecinos (sometidos desde tiempo atrás por los aztecas) y volver al asalto final de la gran ciudad por el lado más desprotegido que el había visto antes, utilizando barcazas. Un factor definitivo no obstante, es señalar que si la viruela no hubiera estallado en el momento en que lo hizo, “seguramente no se habría producido la victoria española en México tal como sucedió”, Lwoff (4a) ver la figura 3,

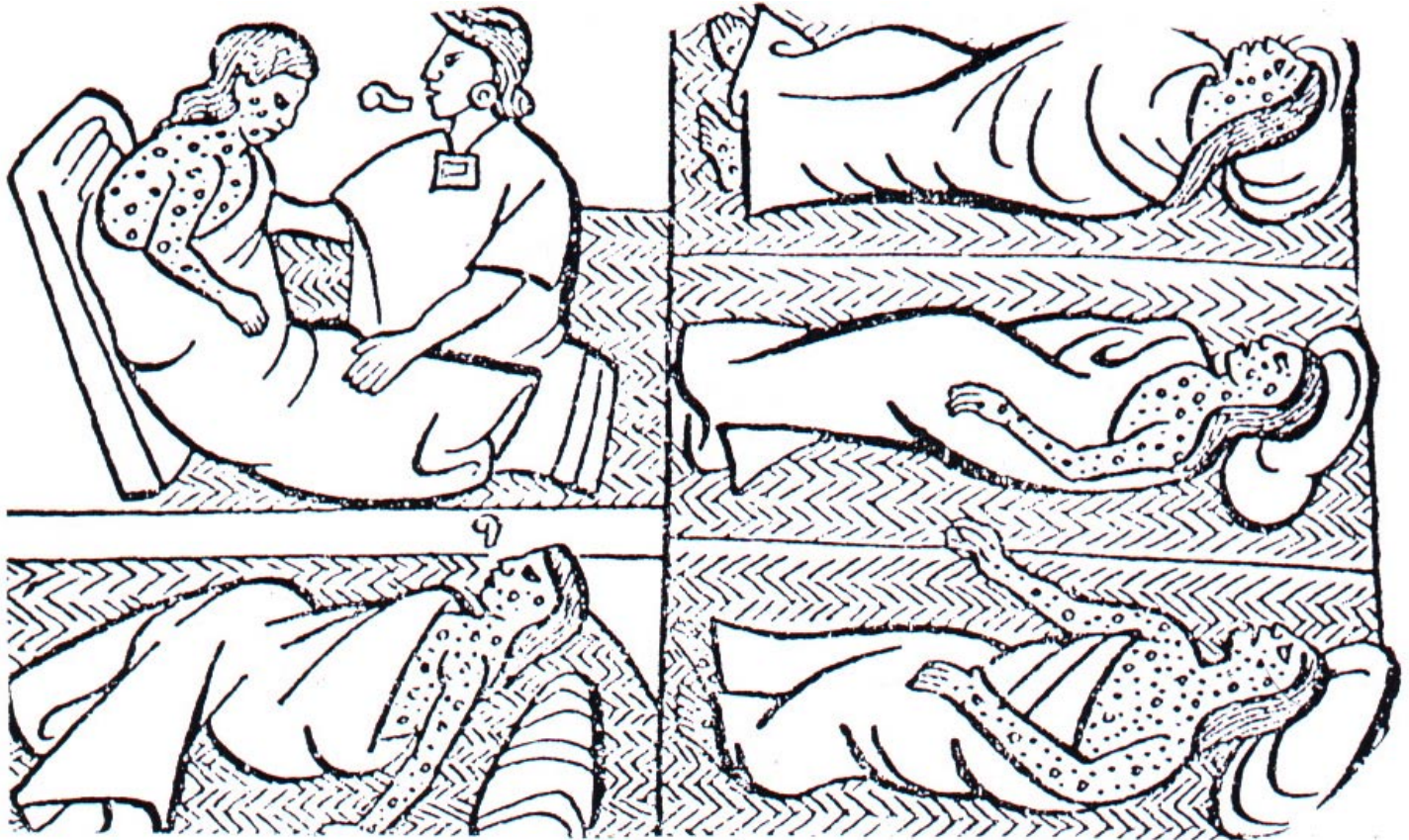


Figura 3.- LAS RELACIONES INDÍGENAS DE LA CONQUISTA, traducidas del nahuatl por León Portilla bajo el nombre de “Visión de los Vencidos” , nos presentan con realismo el drama de la viruela desatada. Lo mismo sucedería en la actualidad bajo un ataque bioterrorista con este virus. El libro fue traducido al Inglés con título “The Broken Spears”.

“Cuando se fueron los españoles de México y aún no se preparaban contra nosotros, primero difundió entre nuestro pueblo una gran peste, una enfermedad... comenzó en el mes de Tepeihuitl y se abatió sobre nosotros; fue una gran destructora de gente. Algunos bien los cubrió por todas partes de su cuerpo, se extendió en la cara, en la cabeza, en el pecho... era muy destructora la enfermedad, muchas personas murieron de ella. Ya nadie podía andar, nomás estaban acostados, tendidos en su cama. No podían moverse. No podían volver el cuello, no podían hacer movimientos

de cuerpo; no podían acostarse cara abajo ni acostarse sobre la espalda, nada de moverse de una lado a otro. Cuando se movían algo, daban de gritos... a muchos dio muerte al pegajosa, apelmazada, dura enfermedad de los granos... muchos murieron de ella, pero muchos solamente de hambre murieron; hubo muertos por el hambre... ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie de otros se preocupó..."

Esta primera gran epidemia de viruela en América, pandemia, de hecho, se inició en fechas inmediatamente posteriores a 1492 en islas del mar Caribe como ya se apuntó antes y posiblemente pasó a Yucatán entre 1516 y 1518; después de mayo de 1519, cuando desembarcó Pánfilo de Narváez en Veracruz para reforzar a Cortés, trayendo al ya famoso esclavo negro Francisco de Baguía, enfermo de viruela entre su tripulación, fue cuando prendió la grande entre nosotros. En esta ocasión se ha calculado que al poco tiempo ya habían muerto en la región tres y medio millones de indígenas ¡y Bocaccio inmortalizó a su amada Florencia por la muerte de cien mil italianos! ¿Cuándo se dará su verdadera dimensión al genocidio amerindio provocado por el invasor europeo después de 1492? Características semejantes tuvo la expedición de Pizarro a Perú, puesto que la pandemia de viruela no confinó sus estragos al territorio azteca, pasó a Guatemala y continuó hacia el sur, penetrando a los dominios incas hacia 1525 o 1526. Las consecuencias fueron tan devastadoras como en las islas del Caribe o Mesoamérica. El rey inca murió de la enfermedad mientras estaba en campaña y murió también el heredero designado, antes de nombrar a un sucesor legítimo. Siguió entonces entre los incas la guerra civil y la quiebra política consecuente, lo que permitió a Pizarro y sus matones abrirse paso hasta Cuzco y saquearlo, sin encontrar verdaderamente ninguna resistencia armada. De la misma manera que en el caso de Tenochtitlan-México y el resto de Mesoamérica frente a las fuerzas invasoras que traían varias "pestilencias" tan poderosas, las estructuras locales de autoridad se resquebrajaron, se favoreció la esclavitud por el desaliento y fluyó dócilmente la conversión religiosa en masa...¿ Como resistirse, si su mundo se había derrumbado? La extraordinaria facilidad con que los españoles parecieron conquistar grandes extensiones de territorio habitadas por millones de habitantes indígenas, no sería comprensible racionalmente, sin incluir en el análisis, el dramático efecto de las epidemias que, después del impacto inicial de la viruela fue seguido por el del sarampión, el tifo, la gripe, el paludismo, la fiebre amarilla, figura 4.

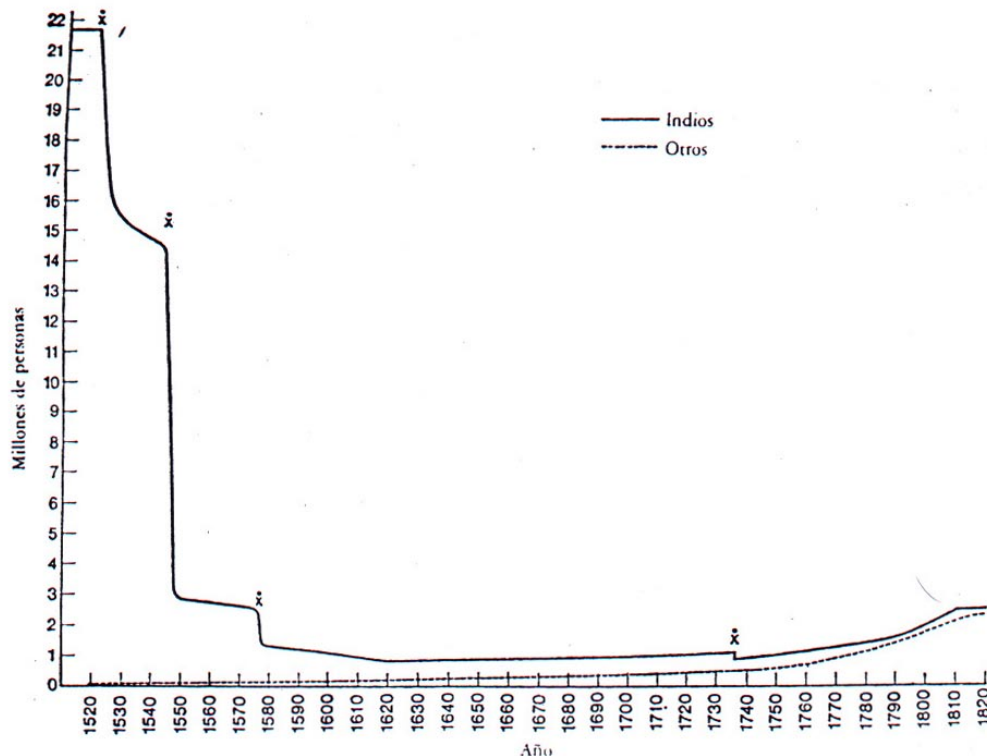


Figura 4.- CAÍDA Y RECUPERACIÓN de la población indígena del México-Central entre los años de 1520 y 1820, según Peter Gerhard (4b)

La infección con viruela también alcanzó proporciones considerables en las colonias inglesas de América del Norte, a principios del siglo XVIII, aunque en este caso llama poderosamente la atención el esfuerzo ya deliberado por introducir intencionalmente el microbio en los pueblos indígenas locales de la periferia de las colonias inglesas; fue así que Lord Geoffrey Amherst, evidentemente ya informado del efecto de las enfermedades durante la invasión de Tenochtitlan-México por los españoles dos siglos atrás, ordenó se distribuyeran a personas e intermediarios de las tribus a quienes avasallar, mantas y prendas infectadas de enfermos con viruela...

Desde los primeros años de la colonización de Brasil, las epidemias observadas tuvieron igualmente efectos letales para las poblaciones locales, paralelos al avance de los extranjeros, De esta manera, en 1563 una epidemia desconocida brotó en la isla de Itaparica, avanzó a Salvador y todo Bahía, matando en pocas semanas a 30 000 indios y destruyendo las primeras seis colonias portuguesas. En el siglo siguiente hubo epidemias en la región oriental del río Amazonas en 1621, en Pernambuco en 1642, en 1659 en Río de Janeiro y hacia 1666 entre ambas ciudades. En el caso de Brasil, las crónicas señalan que la viruela también llegó con el arribo de los primeros esclavos africanos que venían con los invasores portugueses.

La colonización francesa del Canadá comenzó en 1535 con Cartier, iniciándose activamente contactos con los indígenas; estos comenzaron a enfermar y morir de inmediato. Al entrar en contacto con los europeos pronto empezaron a disminuir, aunque es particularmente después de 1635 cuando las crónicas incrementan sus menciones a los estragos causados por la viruela entre los nativos. Muy pocos franceses contraían la enfermedad, seguramente porque de la misma manera que los españoles y los ingleses, la habían padecido en su infancia en Europa; este hecho fue confirmado por Le Jeune, cronista de la época, cuando en su oportunidad señaló: <...la gran epidemia que ha matado a casi todos los pueblos –en este el Nuevo Mundo- lo ha hecho sin atacar a los franceses...>

Ante la luz de la información comentada anteriormente cabe hacerse tres preguntas cruciales: ¿Estuvieron o no solos los invasores europeos en aquella la llamada “conquista” de las nuevas tierras, en que dominaron con tan relativa facilidad a los millones de habitantes de las poblaciones amerindias? ¿Está ese fenómeno verdaderamente muy lejano de las sociedades actuales, cuando aparece el fantasma del bioterrorismo? ¿Qué tipo de prevenciones deberían tomar las naciones de América Latina en lo general y México, en particular para no “estar condenadas a repetir su historia por haberla olvidado” como pronosticó el filósofo?

Al respecto del tema que nos ocupa, es importante detenerse en el análisis de otro caso de importancia histórica en el que hoy sabemos, hubo “participación” de microorganismos patógenos. Nos referimos a la campaña militar de Napoleón Bonaparte sobre Rusia en 1812; las crónicas militares de la época, fueron bien documentadas en lo referente a los efectos del clima en su ejército, soslayando el papel epidémico de la enfermedad, toda vez que la participación microbiana en ella no se conocía aún, eran 50 años antes de los descubrimientos de Pasteur. Partió Napoleón de París en junio de 1812 al frente de un ejército de 600 000 hombres, número nunca visto anteriormente. Ganó la batalla de Borodino, ya cerca de su capital, a 250 000 rusos el 5 de septiembre; quedó el ejército de Napoleón con 130 000 hombres que fueron suficientes para avanzar sobre Moscú, la que encontraron abandonada e incendiada. Se retiraron, prácticamente huyendo de regreso a Paris con una fuerza de 65,000 franceses... ¿la causa? Nevadas prematuras en el mes de octubre dicen los libros. Ya de regreso en París, el que fuera entonces el ejército más poderoso del mundo había quedado reducido a 40,000 hombres, de los cuales ¡solamente 1,000! estuvieron en condiciones de salud para volver al servicio activo algún tiempo después. ¿Qué fue exactamente lo que sucedió entonces, se preguntaron los estrategas en tiempos recientes?

Solía decirse que fue el “General Invierno” quien era el vencedor; hoy una revisión documental más acuciosa, ha demostrado que en aras de velocidad en el avance y así adelantarse al invierno ruso, el ejército napoleónico abandonaba a sus heridos y enfermos en territorio enemigo, enfermos de tifo, disentería, gripe y otras infecciones microbianas. Deficiente alimentación, condiciones antihigiénicas y hacinamiento en los campamentos franceses, ciertamente facilitaron el trabajo al piojo transmisor de microbios; el vencedor del Emperador Bonaparte, sabemos hoy día, fueron, los “Generales Tifo y Disentería”, figura 5,

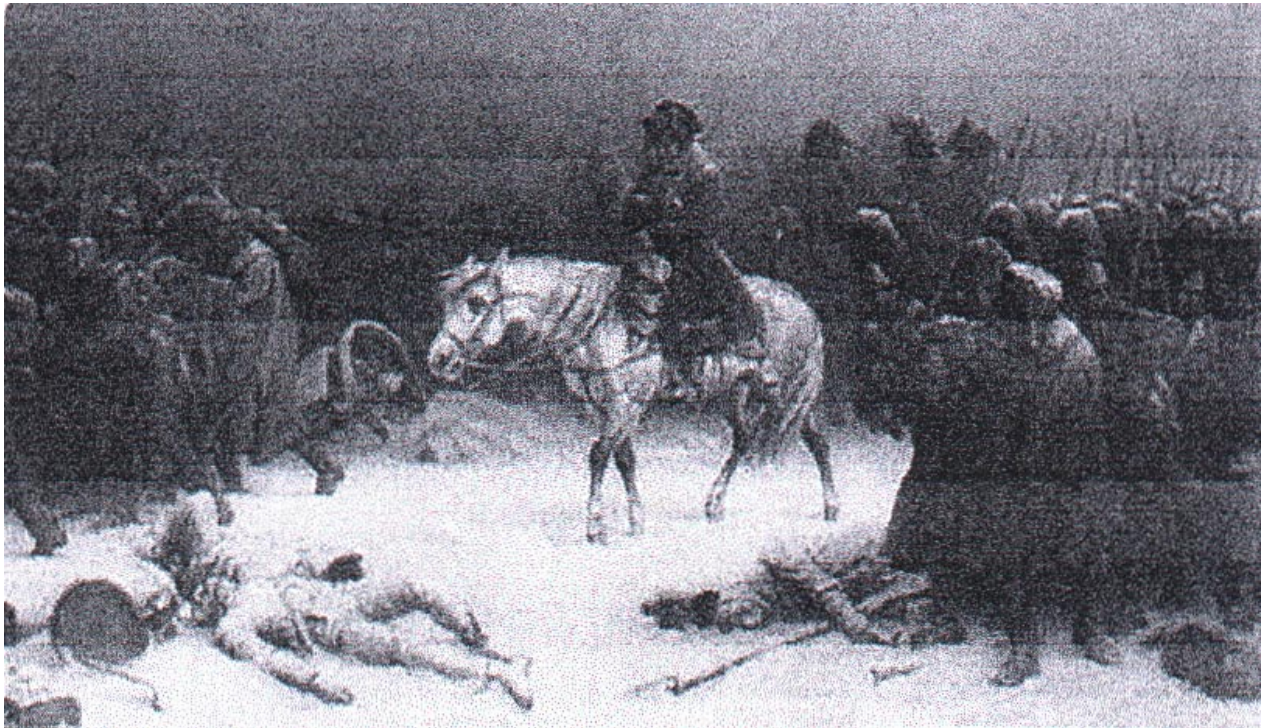


Figura 5.- Retirada de las tropas napoleónicas (Rusia 1812) según cuadro famoso.

En otra gran confrontación bélica destacada con importancia en los libros, siglos antes de Napoleón y según las crónicas de Herodoto, “Padre de la Historia”, los persas –hoy iraníes- al mando de Xerxes, eran casi victoriosos sobre los griegos, cuando hubieron de retirarse debido a una epidemia de disentería desatada entre ellos. Habían perdido ya la mitad de sus hombres.

Cuando en 1495 el ejército de Carlos III de Francia daba sitio a Nápoles, puerto italiano al que finalmente conquistó, pronto tuvo que abandonarlo –según señalan las crónicas- ante la irritación, ira y levantamiento de los locales, principalmente debido a que durante el sitio de la ciudad había surgido una epidemia de sífilis, nueva enfermedad que, para algunos cronistas, había sido llevada desde el Nuevo Mundo a Europa al regreso de los primeros colonizadores de América. La sífilis, sabemos hoy en día, es producida a través del contacto sexual, por un microbio llamado científicamente

Treponema pallidum que, en aquella época y lugar ¡Nápoles!, debe haber producido un gran impacto social, muy semejante, al que ha producido, (no hay que buscarle mucho) en el mundo contemporáneo el virus del “síndrome de la inmunodeficiencia humana adquirida”, SIDA o VIH . Fue precisamente en esa época –siglos XV y XVI- y debido a la misma enfermedad de transmisión sexual y la consecuente irritación social, que los italianos llamaban a la sífilis “El Mal Francés”, estos le decían “La Enfermedad Italiana” y los ingleses –of course- le conocían como... “El Problema Continental”.